

ro le gustaba hacer las tareas del campo y aparejar los bueyes, tenía un lujoso piso en Madrid y veraneaba en Fuenterrabía. Hasta ese lugar guipuzcoano marchaba en tren con una cesta bien repleta de perdices escabechadas, alcahofas rellenas de jamón, pollos con tomate, jamones y salchichones que la esposa y las hijas de Salvador comían como si fueran plátanos. Sin embargo, doña Manuela era persona de buen gusto y cierta educación. Sabía estar en su sitio y aprovechaba su viaje a la frontera para encargar piezas de tela enteras en Rentería. Por entonces ya existía la venta por correspondencia con folletos franceses. De vuelta a Madrid, cuando toreaba «Frascuero» al que muchas personas conocían por «El Negro», Manuela se metía en su magnífico oratorio y la rezaba a la Virgen de la Paloma coronada de plata y oro y adornada con flores que encargaba en la calle San Sebastián. Después de la corrida, un banquete espléndido con cristalería de Baccarat, vajilla de plata labrada y mantelería de encaje antiguo. Vestía siempre de negro y lucía unas joyas fabulosas que le hacían parecer una dama de la Venecia luminosa.

Salía de compras con mil duros de aquellos tiempos y no volvía a casa hasta que no lo gastaba todo para ella, para sus hijas Manolita y Elisa y para su hijo Antonio. Tenía las colchas de Manila, los juegos de los lavabos de plata repujada y entre las ropas guardaba billetes de mil pesetas y alhajas. ¿Eran todos estos alardes su íntima venganza por las correrías de su esposo? No sería extraño que así fuese.

«Frascuero» se retiró 12 de mayo de 1890 y se fue a Torreldones. «Lagartijo» se retiró en 1893 y se fue a su cortijo de Córdoba. ¡Ná! ¡Que se nos ha acabado la época!

Muchas tardes, la castiza afición se iba a Torreldones a pasar la tarde con el maestro y dicen que en alguna ocasión el tren paró en su estación «solo para que Su Majestad pudiera estrechar la mano del diestro más valeroso de toda España...».

De la retirada de «Frascuero» se tienen más noticias: que su coleta se le repartieron entre sus hijos, Manuela, Elisa y Antonio y Paco y Laura Barbieri, que a sus hijos les regaló el vestido de aquella actuación y el estoque número 6, la montera fue para Peña y Goñi, el juego de estoques para «Guerrita», la faja para Manuel Romero y la muleta para el señor Fierro.

Mariano de Cavia «Sobaquillo» comentaba: «Porque, eso sí, Salvador se retira bien acompañado. Si buena coleta se corta, buenas peluconas le quedan (diez mil onzas de oro, se aseguraba)».

«Entre el vulgo ha corrido la especie de que un banquero ofrecía por la coleta diez mil duros. ¿Cuántas horas de trabajo representan esa cantidad para un bracero? He aquí un capitalista, si la especie es cierta, que sabe lo que hace. Con ese rasgo de «frascuelismo» se gana de un golpe toda la voluntad y simpatías del proletariado. Del proletariado ... «frascuelista». No hay que aclarar que don Mariano era «lagartijista».

Juan Mota decía que «Frasculo» era un torero sin tretas ni artimañas y Peña y Goñi firmaba la siguiente reflexión: «El, que se ha entregado a los toros sin tranquillos ni chapucerías; él, que se ha peleado siempre cara a cara y frente a frente, oponiendo a la brutalidad de la fiera todo cuanto el arte de torear tiene de más bello y más noble, no se siente con ánimo de torear». Y apostilla: «Separar el nombre de “Lagartijo” del de “Frasculo” es amputar un miembro a la gallarda estatua que han erigido los dos al arte de torear de nuestros tiempos». Y cuenta el mismo Peña y Goñi que el día de la despedida de Salvador se fue a su casa y contempló cómo su esposa le trenzaba la coleta de pelo rizado, se vestía, se asomaba a la capilla y musitaba un «Buenas tardes, Madre mía», que la imagen de la Virgen era la de la Soledad frente a los que aseguraban que era la del Perpetuo Socorro, besaba a su hijo y sus dos hijas —no a su mujer— y salía acompañado por su cuadrilla y varios amigos.

Al comenzar el mes de marzo de 1898 volvió a Madrid y se instaló en casa de una de sus hijas, en la calle Arenal, en el número 22, y allí murió el 8 de ese mismo mes como consecuencia de una pulmonía. Al enterarse «Lagartijo» de que había fallecido su gran rival, se presentó en Madrid y asistió al multitudinario entierro que recorrió las calles del centro de la capital, sobre todo la de Alcalá, por donde había lucido su garbo el de Churriana. El califa cordobés accedió a ver el cadáver de Salvador cuando ya había sido embalsamado y, entre rezo y rezo, solo se le oyó la siguiente frase: «Tanto como habemos luchado..., pa esto».

Rafael Molina «Lagartijo» murió en Córdoba el 1 de agosto de 1900. Se acababa el siglo XIX y se extinguía toda una maravillosa época del toreo.

## LOS GÓMEZ Y LOS ORTEGA

«Los Gallo» y «los Cuco», los payos y los gitanos, los toreros y los flamencos, todos esos paralelismos se dan en la genealogía de dos familias que se unieron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Fernando Gómez García se casó con Gabriela Ortega Fera.

Antes de llegar a esta unión, los Ortega tenían una amplia historia que se inició con Francisco de Asís Ortega «Cuco», Gabriel Ortega «Barrambín», José Ponce que se hizo matador de toros porque así lo exigía la hermana de «los Cuco» si Ponce se quería casar con ella, José Jiménez «El Poncho», casado con Carmen Ortega, también «Cuca», Manuel Ortega «Lillo», Antonio Ortega «El Marinero», Francisco «Lillo», Enrique «Lillo», Enrique Ortega «El Gordo», primero torero y luego flamenco, casado con Carlota Fera, padres de los artistas «Paquiro», Juan, Enrique, casado con «la Morala», Manuel, padre de Enrique «el Almendro», Chano, Rita, Gabriela, la bailadora que se prendó de Fernando «el Gallo», y José Ortega «el Aguilla», también torero y flamenco, que se casó con Rufina Fernández, padres de Enrique «el Cuco», banderillero

de «Joselito», casado con Gabriela Gómez Ortega, y Manolo Ortega Fernández «Caracol», casado con Dolores Juárez, mozo de espadas del mismo «Joselito», padre de Manuel Ortega Juárez, «Caracol II», matrimoniado a su vez con Luisa Gómez y padres de Luisa, que se casó con Arturo Pavón, pianista flamenco, Enrique, Manuela, que tuvo amores con Antonio Chenel «Antoñete», y Lola.

Por parte de los Gómez nos habíamos quedado en la unión de Fernando Gómez con Gabriela Ortega. Fernando, segundo de los «Gallo» puesto que su hermano mayor, José, fue un excelente banderillero a las órdenes de «Lagartijo», aunque duró poco puesto que una enfermedad le obligó a apartarse de los ruedos, ambos hijos de Antonio Gómez y Francisca García, los dos payos y con una fábrica de petacas que les proporcionaba un suficiente sustento. Fernando siguió el camino de su hermano José y avanzó un poco más después de ir en las cuadrillas de «Bocanegra», «Gordito», «Chicorro» y «Jaqueta» hasta que en 1881 lo incorporó a su cuadrilla el mismísimo Rafael Guerra «Guerrita» y dio un gran estirón en su fama hasta el punto de que, al año siguiente, toreó en Madrid veintidós corridas. Pero, antes de llegar a este momento de brillantez artística, conoció a Gabriela Ortega, que como bailadora había alcanzado gran prestigio en los cafés de su lugar natal, Cádiz, los Ortega son casi todos gaditanos, para pasar al café de «La Escalerilla» y luego al famoso café «El Burrero», los dos de Sevilla y propiedad de Silverio Franconetti, un flamenco italiano del que decía García Lorca que tenía en la garganta la dulce miel de Italia mezclada con el limón nuestro, a donde iba a verla Fernando Gómez. Muchas tardes el torero se sentía rumboso e invitaba a todo el cuadro flamenco a la Venta de la Victoria. Las relaciones se fueron estrechando, las malas lenguas contaron que se simuló la ceremonia de una boda religiosa con el picador Bartolosi disfrazado de sacerdote para unir a Fernando y Gabriela y que la intervención de los hermanos de Gabriela convirtió el simulacro en una boda por todo lo alto pese a que Fernando todavía no había alcanzado la categoría de matador de toros. Ella, a la que definían como un prodigio del baile, colgó los palillos y no volvió a lucir su arte en un tablao público. Se dedicó a su marido y a sus hijos y mucho más cuando murió aquel, «el Gallo», el 2 de agosto de 1897, en su huerta de Gelves, allí donde con tres años se ve a «Joselito» simular la suerte de matar con su hermano Fernando a gatas haciendo de toro. El patriarca dejó escrita una carta a su amigo Rafael Molina «Lagartijo» cuando se sintió morir para que sus seis hijos no quedaran desamparados. A Fernando Gómez García «Gallo II» le faltaba medio mes para cumplir los 50 años.

De esos seis hijos, Lola se casó con Ignacio Sánchez Mejías, Rafael con Pastora Imperio, Trinidad con Manolo Martín «Vázquez II», hermano del «señó Curro», y Gabriela con Enrique «el Cuco». José murió soltero aunque no se escapó de protagonizar discretos episodios amorosos.

Lola y Sánchez Mejías tuvieron un hijo torero, José Ignacio Sánchez Mejías Gómez, matador de toros pronto dedicado a las tareas de apoderamiento,

lo de Rafael y Pastora no sé si llegó y pasó de la noche de bodas, y lo de Gabriela y «el Cuco» cristalizó en cuatro hijos, Trini y Gabriela, recitadora flamenca («uno, dos y tres, tres banderilleros en el redondel»), José, banderillero de segunda fila, y Rafael, matador de toros, los dos apodados «Gallito» en contra de la opinión de los partidarios de sus tíos que lo conocían más por «los Gallino» y que, como afirmaba Rafael «el Gallo», el apodo que les correspondía era el de «Cucos».

Es curioso resaltar lo que tiene difícil explicación: Rafael «el Gallo» es torero gitano; su hermano «Joselito» es torero payo en contra de la opinión de los calés que dicen que la sangre gitana es como al agua bendita y el vinagre. Les añades sangre paya, agua sin bendecir o vino y se vuelven gitana, bendita y vinagre. No ocurrió eso con José Gómez Ortega, que fue el que mandó en el toreo en la segunda década del siglo XX. Pero dejó más huella artística su hermano Rafael porque inspiró la variedad del toreo moderno. Era mejor torero José, pero toreaba mejor Rafael, aunque su verdadero inspirador en sus pases «del celeste imperio», los kikirikíes, las revolveras y las serpentinas era el otro hermano, Fernando, un teórico fantástico que ensayaba de salón esas suertes para que luego las interpretara el genial Rafael. El famoso pasodoble «Gallito», del maestro Santiago Lope, director de la Banda Municipal de Valencia, no está dedicado a ninguno de los dos famosos hermanos sino al citado Fernando que actuó en una novillada que organizó la Asociación de la Prensa valenciana y en la que también figuraron Dauder, Agustín «Colibrí», valenciano que nació el 23 de febrero de 1872 y que aguantó en el escalafón de novilleros hasta 1916, con 44 años, Angel González Mazón «Angelillo», de Sevilla, 28 de marzo de 1881, que ponía banderillas con las manos atadas por las muñecas, y Manuel Pérez Gómez «Vito», de Sevilla, 27 de julio de 1882, banderillero y novillero, padre de Julio Pérez «Vito», el mejor con los palos. Cuatro novilleros y cuatro pasodobles famosos: «Gallito», Dauder, «Angelillo» y «Vito». Ninguno de ellos alcanzó la categoría de matador de toros, pero ahí está la música del maestro Lope para recordarlos.

Bueno, he llegado hasta la tercera generación de los Gómez y los Ortega en el toreo, algunas más en el flamenco, y solo apuradamente se ha alcanzado la cuarta con un sobrino de Ignacio Sánchez Mejías. Hermanos de Ignacio eran Luis, banderillero frustrado, y el picador Aurelio. Este tenía un hijo, José Sánchez Elena que, a su vez, tenía un sobrino, Marcos Ruiz de Alda, que en los carteles se anunciaba como Marcos Sánchez Mejías, último eslabón de los Gallo y los Cuco.

Total que la profusa familia torera de los Gómez Ortega se puede considerar como extinguida para el toreo, cosa que también sucede con otras familias de raigambre taurina como los Bienvenida, los Dominguín y los Ordóñez, con la esperanza de la descendencia de Rivera Ordóñez, los Valencia, si Paloma y Enrique no lo remedian, los Laserna con la esperanza de Víctor Zabala de Laserna o los Martín Vázquez, que no sé por dónde andan.

Parece que ya estamos situados en las distintas ramas del árbol genealógico de los Gómez Ortega, los «Gallo», Gallito», «Joselito» y Sánchez Mejías, y apuntadas algunas circunstancias amorosas de aquellos toreros. Sin embargo, hay que hacer un alto en el camino y fijarse en algunas peculiaridades muy curiosas: por ejemplo, el caso de Rafael y Pastora Imperio.

## LA BODA BREVE

Era el mes de febrero de 1911 y Rafael y Pastora se casaron en Madrid. Sin saber cómo y por qué, se asegura que aquello no duró más de un día. ¿Razones? Se apuntaban algunas, pero nadie tiene la certeza de cuál fue la verdadera. ¿Impotencia? ¿Originalidad sexual? ¿Aberración? ¿Incompatibilidad? ¿Quién lo sabe? ¿Lo sabrá alguien alguna vez?

Rafael el Gallo nació en Madrid, en la calle de Los Madrazo, detrás del Círculo de Bellas Artes, la calle que va del Paseo del Prado a la calle Arlabán, y se casó en la misma iglesia en la que había sido bautizado, la de San Sebastián, con el diestro Enrique Vargas «Minuto» de padrino, y los testigos Enrique López Alarcón, autor de «La Tizona», y el periodista Francisco Torres. Al separarse, Pastora Imperio tuvo una hija Rosario, a la que dio su apellido, que, a su vez, se casó con Rafael Vega de los Reyes, hermano de José y Francisco, Curro Puya, tíos de Vicente Vega, matador, apoderado y suegro de José Antonio Campuzano, casado con su hija Lupe, hermano de los otros Campuzano y primos del pianista Felipe Campuzano. Estas familias se enredan como las cerezas.

Pero volvamos a Rafael y Pastora. Se dijo que Rafael había raptado a Pastora y a la inversa. No fue así. El caso es que se querían y pretendían celebrar una boda sin alborotos y sin familia. A Rafael Gómez Ortega no le gustaban los barullos y Pastora le confesaba a Enrique Vila en 1943 lo siguiente:

—Mire usted, Vila. Es un asunto totalmente pasado de mi existencia. Podría estar en presencia de Rafael tal como estoy ahora mismo en la de usted. Le aseguro que no queda en mí nada de él, ni en él nada mío. Como si no nos hubiéramos visto nunca.

Y siguió sus explicaciones sobre el tema ante la presencia del periodista sevillano:

—Yo no he hablado jamás con nadie de este asunto. Conozco todo lo que se escribió sobre él cuando fue tema de actualidad en la vida española, y todo lo que los periódicos me atribuyeron. No me creí nunca en la obligación de desmentirlo, tal vez porque pensaba que la excusa podía envolver acusación. Puede usted decir ahora que ni una sola de aquellas manifestaciones salió de mis labios.

—Entonces, la célebre información de Pérez Lugín...

—La célebre, como usted la llama, información de Pérez Lugín, y otras que

ganaron en su día no menos fama, son casi por entero producto de la fantasía de don Alejandro —que en gloria esté— y de otros periodistas, buenos amigos nuestros. Y si yo, en el tono de la confianza, dije alguna palabra, ellos la extendían con aquella exuberancia tan galana de los escritores de aquella época.

Don Alejandro Pérez Lugín, autor de «La Casa de Troya», era tan gallista que firmaba sus crónicas con el seudónimo de «Don Pío» y fue larga la serie de artículos y chismografías con las que quiso adornar la figura de Rafael, esas habladurías y chismes que más de treinta años después Pastora desmentía a Enrique Vila. Pastora era hija de Rosario Monje «la Mejorana», bailadora, y de Víctor Rojas, tocador de guitarra y sastre de toreros. A su hija, nacida en la calle Zurbano, de Madrid, y bautizada en Chamberí, le puso el nombre de su madre, Rosario, y sus apellidos, Rojas Monje. Rosario conoció a Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana» en «Los Gabrieles» de la calle Echegaray de Madrid y se casaron por lo civil en plena guerra del 36 y, al año siguiente, nació su hijo Curro. Ya en Sevilla, terminada la contienda, se casaron por lo religioso ante la Virgen del Rosario con «Cagancho» y su mujer de padrinos y con el testimonio de Belmonte y «Chicuelo». Una de sus hijas, Pastora, se casó con el torero venezolano Héctor Álvarez, que el 24 de mayo de 1969 murió en un accidente de automóvil junto a su suegro, cuando los dos volvían de una fiesta por tierras de Cuenca.

En la otra orilla lo que opinaba Rafael el Gallo y reprodujo José María Carretero, de sobrenombre «El Caballero Audaz», del que Jacinto Benavente decía que era más carretero que caballero. En una entrevista que le hizo al que consideraba como el mejor torero gitano le apuntó preguntas a las que Rafael contestó con evasiones, que la persona a la que más quería era su madre, que madre no hay más que una, que no se había vuelto a acordar de Pastora, que su melancolía no era debida a su recuerdo sino a una enfermedad y que lo que lamentaba era no haber podido vivir al calor de una familia.

Esta entrevista se la hizo Carretero a Rafael el Gallo antes de que muriera su madre en 1919, un año antes de la tragedia de Talavera. Así describía Rafael a la seña Gabriela: «Sus pies pequeños señalaban en las tablas grandes la gracia y el perfume del baile, de un baile en el que la inspiración marcaba repetidamente unos pasos que ninguna rival podría copiar porque para eso ella era la Gabriela, la emperadora de lo flamenco. De la dinastía de los Ortega, y basta».

Rafael llama a su ruptura con Pastora trastorno de familia. ¿A qué podía referirse? ¿Al posible vínculo fraterno? ¿A la virginidad que tanto valoran los gitanos? ¿A los celos? Años después, Curro Romero, por la pluma de Antonio Burgos, cuenta lo que le sugería la presencia de Rafael del Gallo por la calle Sierpes de Sevilla y lo que ocurrió en el escusado del Britz con un señor que entró en uno de los servicios al tiempo que el llamado «Divino Calvo» lanzaba sus amenazas contra el Gran Duque de Rusia. El hombre su mantuvo en silencio y encerrado hasta que Rafael cejó en sus insultos y se marchó del bar.

De aquellos tiempos y por esos recuerdos, la voz del pueblo le puso esta letra a la música del pasodoble «Gallito» que el maestro Lope le había dedicado a su hermano Fernando:

Se fue a Sevilla,  
 Se enamoró de una Pastora  
 Y con ella se casó.  
 Al poco tiempo se divorciaron  
 Porque los celos  
 Al Gallo le devoraron.

«El Pollo Posturas», un popular personaje de Sevilla, aseguraba que el fue el que presentó a Rafael a Pastora en un viaje a Madrid, que el torero era muy raro para eso del amor y que en una relación pasajera que tuvo con «La Coriana», una artista de Coria del Río, la cosa acabó fatal porque le hizo darse un baño en agua de colonia. Un detalle, una premonición.

El último testimonio directo que conozco de los protagonistas de esta misteriosa historia es una entrevista que le hizo Santiago Córdoba a Pastora Imperio y publicada en *El Ruedo* en mayo de 1956. En ese momento, Pastora, variedades, vivía con su hija Rosario en casa de Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana» que regentaba el bar de «La Pañoleta» en la calle Jardines de Madrid:

—En toa mi vida no he ido arriba de diez veces a los toros, y creo que sobra alguna. He visto a Fuentes, a José, a Belmonte... Estos son de mi tiempo. No vi a «Lagartijo» ni al Guerra. Más para acá he visto a «Manolete», Luis Miguel, Pepe Luis y Manolo González. Bueno, poquito, pero he conocido todas las épocas. A mí me interesa el concepto.

—¿Cuándo conoció a Rafael, su marido?

—De jovencito, en Lisboa. El era novillerito y yo «becerrera». Pero no hablé con él.

—¿Dónde y cuándo cruzó las primeras palabras con Rafael?

—En México. Allí ya hice amistad con él y por eso ya no le vi torear.

—¿Qué impresión tiene de él como torero?

—Dicen que era genial, muy personal.

—Lo que más admiró de él como torero.

—No sé...; es una palabra que no... Crea usted que con el tiempo se borra todo.

—El era muy torero, ¿verdad?

—Hasta durmiendo.

—¿Y José?

—José era un «dolor».

—Pastora, me dijo la primera vez que vio al Gallo. ¿Y la última?

—Le he visto muchas veces.

—El se acuerda mucho de usted. Es su obsesión.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Cuándo se casó con él?

—El año 1912, en pleno apogeo.

—Los dos figuras cumbres de la época, ¿verdad?

—Por eso, las cumbres no pueden estar juntas.

Pastora Rojas Monge, hija de Rosario Monge «La Mejorana», bailaora y cantora, y Víctor Rojas, tocaor de guitarra y sastre de toreros, debutó en Madrid, en el «Salón Actualidades», el 1 de octubre de 1900 junto con «Mariquita la Roteña» como las «Hermanas Imperio» y cobraban dos duros diarios.

Un día, Pastora definió a Rafael Gómez Ortega: «El Gallo fue lo que fue: un extraño fenómeno como torero y como marido». Tan extraño que ni ella mismo pudo o quiso descifrarlo.

## LA DISCRECIÓN DE JOSÉ

Pocas cosas se han contado de la vida sentimental de José Gómez Ortega «Joselito», el más payo o el menos gitano de los toreros. Nada dejaba a la improvisación, el genio o la inspiración. Todo técnica, preparación y dominio de la situación. Le tenía que tirar un toro un cuerno para cogerle. Y nada de aventuras con mujeres aunque se apuntaran algunas como aquella que se le atribuía junto a su amigo el pintor Julio Romero de Torres con dos cupletistas que el artista cordobés retrató desnudas y tendidas en el suelo, cuadro que estaba en el estanco de la calle Alcalá, junto al «Lyon D'Or», cuyo dueño, Santiago, era el que mejor conservaba los puros habanos y al que visitaba Rafael el Gallo cuando venía a Madrid.

Felipe Sassone, peruano, más charlista que escritor, hablaba de «Joselito»:

—«Joselito» se quedó pronto sin el amor de la madre; se quedó también sin otro amor de mujer que hubiera sido el premio y el reposo.

«Tiempos modernos que una intransigencia volvían antiguos; pero no tan antiguos como para renovar la tragedia de Romeo y Julieta. Debía morir él solo. Huyó a América en pos acaso de una no sabida victoria napoleónica, y la ausencia le agrandó el amor desesperado. Cuando volvió, volvió triste, que la tristeza proyectó sin sombra hasta su arte».

¿Quién era aquella mujer? Se había hablado de la hija del ganadero don Felipe Pablo Romero, pero eso había ocurrido antes. Ahora, hacia 1919, cuando la muerte de su madre, era Encarnación López «La Argentinita» (Buenos Aires, 1895-Nueva York, 1945), bailarina, coreógrafa y canzonetista y con muy mala suerte. Dejó a «Joselito» por su cuñado Ignacio Sánchez Mejías y también éste murió en las astas de un toro. Bailadora era doña Gabriela, bailadora Encarnación y «Bailador» el toro que mató a José Gómez Ortega en Talavera de la Rei-



na el 16 de mayo de 1920. «La Argentinita» debía de ser un auténtico terremoto que dicen que también encandiló al cineasta Luis Buñuel y que en sus actuaciones en el «Triación Palace» de Madrid, lo que hoy es el Teatro Alcázar, contaba con la admiración del músico Amadeo Vives, los comediógrafos hermanos Alvarez Quintero y sabios como don Santiago Ramón y Cajal, citados todos por la ardorosa evocación de Federico Oliver. La heredera de Encarnación fue su hermana Pilar López, en su arte y con la colaboración del bailarín José Greco fallecido a finales del año 2000. Pilar decía que «Joselito» le obsesaba con bombones pero que trató mucho más a Ignacio Sánchez Mejías, que compró a José la finca de «Pinomontano», finca que había sido antes de Rafael.

Se habló también, pero opino que sin más fundamento que la admiración por «Joselito» y los devaneos de Alfonso XIII, de las visitas de la Reina Victoria Eugenia a la casa madrileña de la calle Arrieta, donde vivía el torero. La bella Reina inglesa, que no era muy aficionada a esto de los toros, vivía muy solitaria en el Palacio de Oriente y ya se sabe de la cercanía del citado Palacio con la calle Arrieta. Todo ello y la desventura amorosa del torero puede que movieran estos rumores infundados. No parece muy lógico que Doña Victoria Eugenia pudiera visitar de incógnito al torero de las dos primeras décadas del siglo XX: José Gómez Ortega, que contestaba al interrogatorio de don José María Carretero, más conocido por «El Caballero Audaz», con evasiones y más evasiones cuando el intrépido y osado periodista le hablaba de mujeres. Llegó hasta a confesar que había tenido novia formal, pero que lo habían dejado porque le pedía que se retirara y que para no hacerla sufrir era mejor la separación. También le insinuaba Carretero una relación con una estrella de las «varietés» que cantaba muy bien lo de «El Ladrón» y siempre el torero ponía por delante lo de su afición. Aunque algún día pensaba retirarse y dedicarse a la vida del hogar y el campo.

No pudo ser y la imagen de un torero todo alegría y juventud se vistió de luto, seda negra bordada en azabache, un año antes de vestirse de luto hasta María Santísima.

En resumen, José Gómez Ortega, salvo dos nombres apuntados muy a la ligera, no tuvo aventuras demasiado señaladas. Las que se cuentan son tan leves y pasajeras como la que sucedió en Salamanca, donde una mujer le envió al torero una medalla con esta inscripción: «A él, yo». Dicen que «Joselito» le devolvió el cumplido con un brillante y esta dedicatoria: «A ella, el». Nada más. También se contó que era amigo de la célebre actriz de teatro Margarita Xirgu y que le brindó un toro en Sevilla. Pero, pese a todas sus manifestaciones, «Joselito» era un profesional en toda la extensión de la palabra y solo pensaba en el toreo. Como decía Pastora Imperio: «un dolor». Los idilios fracasados con la hija del ganadero Pablo Romero y «La Argentinita», más la muerte de su madre, Gabriela, sin duda condicionaron su melancolía. ¿Y su muerte? Es posible.



*Encarna López «La Argentinita».*

## EL RESTO DE LA FAMILIA

Ya sabemos que las hermanas de Rafael, José y el más retraído, Fernando, se casaron con tres toreros, Lola con Sánchez Mejías, viuda antes de tiempo por los amores de su marido con Encarnación López, Trinidad con Manolo Martín «Vázquez II», sin descendencia, y Gabriela que se casó con un primo suyo, Enrique Ortega «Cuco», hijo de un hermano de Gabriela madre, José Ortega «El Aguila», flamenco y torero, padre también de Manolo Ortega «Caracol I», «el del bulto», mozo de espadas de José, que se casó con Dolores Juárez y que, a su vez, fueron padres de Manolo Ortega «Caracol II».

Lola acogió en su casa a su hermano Rafael, en Sevilla, y con ella vivía cuando, en 1948, el «Divino Calvo» decidió no salir de casa ni para tomar un cafe-lito. Sus amigos, sus admiradores, aquellos que esperaban su paso por la calle de las Serpes hacia «Los Corales» con su clavel en la solapa, el puro habano entre sus gruesos labios, el pañuelo de seda blanca al cuello y su andar ceremonioso de genio que está de vuelta, le echaban en falta y aseguraban que no salía de casa porque estaba escribiendo sus memorias y que las iba a publicar. «A ve si argu-na ve s'acaba er cuento ya de las cosas de Rafael». «Va a ser sensacional», se fro-taban las manos y se relamían de gusto unos cuantos. Pero no hubo libro.

A «Lillo», de la rama de los Ortega, su primo y compañero, le comentaba: «Me retiré del ruedo, me retiro ahora de la calle, pero no me retiro del tabaco aun-que me lo manden los médicos. Me da jindama salir a la calle. Saldré cuando haya tres cosas: toros, sol y flores». Le gustaba el calor: «Solo un país no conozco: Ru-sia. Llegué hasta la frontera, pero hacía mucho frío y me volví. De lo más her-moso que he visto es Tierra Santa y Egipto». También es curioso que fuera él el que le enseñara a torear a Encarnación López «La Argentinita» y que su finca de «Pinomontano» pasara de manos de «Joselito» a las de su cuñado Ignacio Sán-chez Mejías, que montó en ella su particular Parnaso en el que también partici-pó Enrique Ortega «Cuco», autor de la comedia «El triunfo de Maoliyo», em-presario teatral aventurero. Sánchez Mejías firmó un drama teatral «La Sinrazón», que Valle Inclán decía que lo había escrito Pérez de Ayala. Luego estrenó con «La Argentinita» y su hermana Pilar López un espectáculo, «Las calles de Cádiz», que firmó con el seudónimo de «Jiménez Chavarri». En Madrid el 16 de octu-bre de 1933. Con su amante famosa, compró la biblioteca de Fernando Villa-lón, por lo que tuvo algunos problemas con la viuda del poeta ganadero.

Del matrimonio de Gabriela y «Cuco» nacieron dos chicas y dos chicos. Ellas, Gabriela Ortega Gómez, la recitadora, y Trini. Ellos, José, banderillero, y Rafael, los dos apodados «Gallito» en contra de la opinión de su tío Rafael, que opinaba que les iba más el de «Cuco». José no pasó de una discreta segun-da fila y Rafael tuvo unas buenas temporadas allá por los comienzos de los años cuarenta del siglo XX. Tenía el aire de su tío y, en ocasiones, su inspiración. Tuvo unos años de gloria y de fama y hasta se le atribuyó un romance con la mexi-

cana Dolores del Río, figura del cine en los cuarenta y los cincuenta, para, finalmente, casarse con Elisa Carro, asesorar a Manuel Benítez «El Cordobés», a su amigo el ganadero Antonio Méndez y trabajar en una oficina de productos para los automóviles que tenía este gran señor sevillano en el rascacielos de la plaza de España de Madrid, escribir algunos libros de recuerdos familiares y desaparecer discretamente pese a ser el último representante de los Ortega Gómez, cariñosamente conocidos por «los Gallino» por venir de la rama femenina de «los Gallo».

Su tío Rafael había muerto el 25 de mayo de 1960, por los días en que nacía la primera biznieta de Pastora Imperio, Pastora Vega, hoy compañera del cineasta Imanol Arias. El comentario de la gran Pastora: «Yo estuve de luto toda mi vida». La segunda Pastora, la nieta, se casó con el torero venezolano Héctor Álvarez, el que murió con «Gitanillo» en el accidente de automóvil. Rosario, la esposa de Rafael Vega de los Reyes, ya no vivía con el torero. Aseguran que se había unido sentimentalmente a un militar, el capitán Ojeda.

De los Ortega flamencos, nos quedamos en Manuel Ortega Juárez, el Caracol grande, uno de los mejores cantaores flamencos de la historia de este arte, que se casó con Luisa Gómez y tuvo cuatro hijos, Luisa que se casó con el pianista flamenco Arturo Pavón, Enrique, Manuela y Lola. Manuela fue la que siguió la tradición taurina y hubo un tiempo en que tuvo su romance con Antonio Chenel «Antoñete», el chico que le echaba la culpa a la guerra y la posguerra de la fragilidad de sus huesos, que se ha fumado, y se fuma, gracias a Dios, media Tabacalera, que triunfó en los 50 del ya siglo pasado, que se casó en noviembre de 1956 en la iglesia de San Jerónimo el Real de Madrid, que tuvo seis hijos y un despacho en la Banca Quesada, al que mandaba a firmar a su mozo de espadas, Camuñas, en los días de «Caché», «San Heraclio», vinos y cigarrillos, que se separó de su esposa, que se encontró con «el toro blanco» de la mano de su cuñado Paco Parejo y que flirteó con Manuela Caracol. Y esto decía del genial cantaor: «Yo también fui destino de su agrio carácter por una especial y familiar circunstancia, aunque nunca tuvo un mal gesto hacia mí. Ocurrió que Manolo Caracol tenía una hija muy guapa y muy simpática que se llamaba Manuela —nombre que aún conserva—. Y a mí Manuela me hacía mucha gracia, y yo a ella creo que también. En fin, ahorrándonos los prolegómenos, he de decir que surgió un idilio entre los dos. Pero al maestro Caracol no le sentaba nada bien nuestro romance porque, aunque yo estaba separado físicamente de mi esposa desde hacía algún tiempo, aún continuábamos casados legalmente. Caracol pensaba que era el clásico ligue de torero con flamenca, hasta que comprendió la historia y entonces ya le importó menos. De todas formas, el idilio entre Manuela y yo terminó pronto porque nada es eterno».

Luego hizo mucho ruido y llenó espacios de las mal llamadas «revistas del corazón» su romance con la brillante Charo López y, por fin, «el maestro madrileño del mechón blanco» sentó la cabeza y se casó con la francesa Carina

Bocos el 2 de abril de 1997. Dos años después, el 21 de mayo de 1999, nació Marco Antonio Chenel Bocos, séptimo hijo del sesentón torero. Claro que este nuevo vástago del torero puede que se lleve más de treinta años con su hermanastro más joven, que podía ser su padre y hasta su abuelo. No hay duda de que el historial profesional y humano de Antonio Chenel «Antoñete» han sido de lo más curioso. Como detalle de la prodigalidad artística de «Antoñete», al margen de su actividad como comentarista de toros en la televisión, diré que hace muchos años grabó un disco, «Villancicos Toreros», junto a «Gitanillo de Triana» y Curro Romero y acompañados a la guitarra por Paco Cepero. La letra la escribió el poeta Federico Muelas y la música era de Vasallo y Sclammarella. «Gitanillo» era el encargado de las palmas y los «jipíos», el acompañamiento, y el cante más hondo lo ponía Romero frente al estilo más payo de «Antoñete». Una delicia.

## MAZZANTINI: FINAL ROMÁNTICO Y TRISTE

Hay que retroceder en el tiempo hasta unos años después de la alternativa de don Fernando Gómez «el Gallo» que tuvo lugar el 16 de abril de 1876. Concretamente, a 1880, cuando don Luis Mazzantini y Eguía se presentó como espada en una mojiganga celebrada en los Campos Elíseos de Madrid. A Mazzantini todos sus compañeros le anteponían el don porque en él concurrían unas circunstancias que no se habían dado en el resto de los toreros salvo el caso de Rafael Pérez de Guzmán en el primer tercio del siglo XIX.

Ya era extraño que el hijo de un italiano, Giuseppe Mazzantini Vangucci, y una vasca, Bonifacia de Eguía, se vistiera de torero y más con la forma peculiar que lo hacía don Luis, que cambió el traje corto por el bien cortado de un afamado sastre o, en las ocasiones solemnes, el frac, y no se tocaba su cabeza despejada con la gorra o el sombrero ancho y lo hacía con uno de corte diplomático y hasta con la chistera. Por eso, quizá, se le conocía por «el señorito loco», ese al que biografiaron no hace mucho Juan Miguel Sánchez Vigil y Manuel Durán Blázquez, quienes despejaron terminantemente la incógnita que había planteado el solvente Cossío basado en el testimonio de una revista de la época que aseguraba que don Luis había nacido en Italia, en el pueblo de su padre, Pistoya en Toscana, y que le habían traído a Elgóibar, el pueblo de su madre, para bautizarlo. Todo se aclara con el acta del bautismo que firmó don Francisco de Lizarrituri, párroco de la iglesia de San Bartolomé de Elgóibar: «En diez de octubre de mil ochocientos cincuenta y seis, yo el infraescrito cura de esta parroquia de Elgóibar bauticé a un niño que nació a las cinco y media de esta misma mañana y le puse por nombre José Luis, hijo legítimo de José Mazzantini, natural de Pistoya, en Toscana, y de Bonifacia de Eguía, natural de este, y vecinos de Matamorosa, en la provincia de Santander...» Este detalle de la vecin-